

En el camino a Damasco

Homilía en la fiesta de la Conversión de San Pablo. Iglesia Catedral.

25 de enero de 2009.

La fiesta litúrgica de la Conversión de San Pablo adquiere un carácter muy especial en este año jubilar en el cual celebramos el bimilenario del nacimiento del gran Apóstol de las naciones. Providencialmente, este 25 de enero cae en domingo; la coincidencia nos permite otorgar a la fiesta un marco más solemne y facilita la participación de los fieles. La intención de la Iglesia al proclamar este Año Paulino es que, poniendo en ejercicio la memoria de la fe, con gratitud y gozo, contemplemos la figura ejemplar del Apóstol, nutramos el propósito de conocer mejor su enseñanza y nos animemos a seguirlo en su amor a Cristo, en su fidelidad, en su compromiso misionero.

La tradición cristiana ha llamado siempre *conversión* al cambio radical e instantáneo que hizo el fariseo Saúl, encarnizado perseguidor de quienes seguían el camino de Jesús, un discípulo iluminado y fervoroso, columna de la Iglesia naciente y evangelizador de los paganos. Algunos autores sostienen hoydía que no habría que llamar conversión a ese cambio, porque aducen que el mismo Pablo, al hablar de aquel acontecimiento central de su vida, no lo presenta como el paso de una religión a otra, del mal al bien, o del vicio a la virtud. Sin embargo, más allá de esas sutilezas, la liturgia conserva el nombre de *conversión* que equivale a la *metánoia* evangélica, es decir, el giro que se produce en la vida de una persona, que comienza a pensar, juzgar y sentir diversamente de como lo hacía antes. Basta comparar quién y cómo era Saulo de Tarso con lo que llegó a ser después de su experiencia del encuentro con el Resucitado, que le ocurrió camino a Damasco.

Pablo nació en el seno de una familia judía linajuda y observante y creció en una ciudad que era la metrópoli de Cilicia y un centro relevante de cultura helénica; allí pudo asimilar ese influjo y aprender la lengua griega. También exhibirá como un honor la ciudadanía romana. En Jerusalén fue discípulo de Gamaliel, considerado uno de los maestros más ilustres de la época. Adhirió a la corriente más rigurosa del judaísmo; él mismo confesará más tarde: *aventajaba en el judaísmo a muchos compatriotas de mi edad, en mi exceso de celo por las tradiciones paternas* (Gál. 1, 14). Fue precisamente ese exceso de celo el que lo impulsó a perseguir con tenacidad a los primeros cristianos, que presentaban en Jesús, muerto y resucitado, el cumplimiento de todas las promesas hechas a Israel. Su odio a la nueva comunidad surgida en el seno del judaísmo aparece claramente expresado en estas palabras de San Lucas: *Saulo... respiraba amenazas de muerte contra los discípulos del Señor* (Hech. 9, 1).

Al parecer, nada hacía sospechar un cambio tan profundo como el que iba a protagonizar. Ordinariamente, Dios prepara al sujeto de una conversión; paso a paso lo va llevando a aceptar la gracia de la fe, o si es un creyente que vive en pecado, a renunciar al pecado para anclar su corazón en Dios y amarlo sobre todas las cosas. En el caso de Pablo, se puede pensar que la gracia lo fue trabajando interiormente de manera secreta; quizá influyeron en su ánimo las discusiones con los cristianos a los que perseguía y el testimonio que ellos brindaban. Pero el cambio se produjo en un instante, en el cual se derrumbaron sus viejas certezas y apareció la Verdad con el brillo ardiente del sol del mediodía. Los teólogos medievales tomaron el caso de Pablo como un ejemplo, que se hizo clásico, de conversión súbita, obra prodigiosa de una gracia eficacísima y de una elección privilegiada, singular. Santo Tomás de Aquino comenta al respecto: *A veces Dios mueve al alma con tanta vehemencia que súbitamente alcanza cierta perfección de la justicia, como ocurrió en la conversión de Pablo, a lo que se sumó el prodigio exterior de haber sido derribado. Por eso, la conversión de Pablo es celebrada solemnemente en la Iglesia como milagrosa* (I-II, 113, 10).

En los Hechos de los Apóstoles encontramos tres relatos de lo sucedido a las puertas de Damasco. El primero es una crónica que ofrece San Lucas, el autor del libro; los otros dos relatos son puestos en boca del Apóstol, que intenta defenderse ante los judíos de Jerusalén y más tarde, en Cesarea, ante el rey Agripa. Acabamos de escuchar, en la liturgia de hoy, la primera de esas narraciones. Pero el mismo Pablo, en diversos pasajes de sus cartas, alude a aquel acontecimiento. ¿Qué fue lo que trastocó de tal modo la vida de aquel hombre? Fue una revelación, que cayó sobre él como un torrente de luz. Pablo vió al Resucitado, que se le presentó con una evidencia irrefutable de la cual nunca pudo dudar y en la cual comprendió todo. Él describirá luego, con fórmulas variadas, su encuentro con Cristo. Como una aparición, tal como aquella de la que gozaron los otros apóstoles el día de Pascua: *por último –dice– se me apareció también a mí, que soy como el fruto de un aborto* (1 Cor. 15, 8); quiere decir que él es un apóstol nacido a destiempo. Como un contacto, al cabo de una carrera o persecución: *habiendo sido yo mismo alcanzado por Cristo Jesús* (Fil. 3, 12). Como una revelación, en la que se concreta una elección eterna y que está destinada a trazarle una misión: *Dios me eligió desde el seno de mi madre y me llamó por medio de su gracia; se complació en revelarme a su Hijo para que yo lo anunciara entre los paganos* (Gál. 1, 15).

Estas últimas expresiones asemejan el llamado recibido por Pablo a la vocación de los profetas de la antigua alianza, que al ser llamados, por un contacto inefable con el Señor, eran destinados a una misión. La conversión del Apóstol fue su vocación, la realización histórica del plan que Dios tenía para él; desde toda la eternidad le había asignado ámbito y tarea: ser *un instrumento elegido* por Cristo

para llevar su nombre *a todas las naciones, a los reyes y al pueblo de Israel* (Hech. 9, 15). A partir de su encuentro con Cristo, Pablo quedaba preparado para llevar al Evangelio a todos los pueblos, superando la implacable división entre judíos y gentiles. Curado de su ceguera interior, que le impulsaba a buscar su propia justicia en la observancia impecable de la Ley, en un cambio total de perspectiva, comprendió que la justicia viene de la gracia de Dios por mediación de Cristo, muerto y resucitado para nuestra salvación. En el acontecimiento de Damasco, Pablo llegó al punto hacia el cual debía dirigirse la fe judía según el plan providencial de Dios: encontró al Mesías, fin de todas las profecías, respuesta de Dios a la esperanza de su pueblo. Esa gracia estaba destinada también, misericordiosamente, a todos los pueblos de la tierra, llamados a integrarse en un nuevo pueblo de Dios, la Iglesia.

El antiguo fariseo, que con tal de ganar a Cristo consideró como basura aquello de lo cual antes se gloriaba (cf. Fil. 3, 8 ss.), trabajó incansablemente, enfrentó innumerables peligros y sufrió con fortaleza y alegría, para cumplir la misión universal encomendada a los Once y que él recibió en el trance de su conversión: *vayan por todo el mundo, anuncien la Buena Noticia a toda la creación* (Mc. 16, 15). Gracias a la acción del Apóstol de los gentiles se puede cantar con plena verdad el Salmo que en nuestra liturgia de hoy sirvió de responsorio: *¡Alaben al Señor, todas las naciones, glorifiquenlo, todos los pueblos!* (116, 1).

¿Qué enseñanza podemos obtener de la fiesta que hoy nos congrega? ¿Qué puede decir al cristiano del siglo XXI la conversión de San Pablo? Ante todo, que también para nosotros la vida cristiana nace del encuentro con Cristo, y que ese encuentro debe renovarse incesantemente. Benedicto XVI lo expresaba con mucha sencillez en una catequesis del año pasado: *Tampoco para nosotros el cristianismo es una filosofía nueva o una nueva moral. Sólo somos cristianos si nos encontramos con Cristo. Ciertamente, no se nos muestra de esa forma irresistible, luminosa, como hizo con San Pablo para convertirlo en Apóstol de todas las gentes. Pero también nosotros podemos encontrarnos con Cristo en la lectura de la Sagrada Escritura, en la oración, en la vida litúrgica de la Iglesia. Podemos tocar el corazón de Cristo y sentir que él toca el nuestro. Sólo en esta relación personal con Cristo, sólo en este encuentro con el Resucitado, nos convertimos realmente en cristianos. Así se abre nuestra razón, se abre toda la sabiduría de Cristo y toda la riqueza de la verdad.*

Podemos distinguir una segunda enseñanza: el encuentro con Cristo es la fuente de una misión; al constituir al cristiano como discípulo, también lo consagra y lo envía como misionero. La Iglesia procura inculcarnos en la actualidad que discípulo y misionero son categorías inseparables. El Documento conclusivo de la Conferencia de Aparecida dice al respecto, en un hermoso resumen: *conocer a*

Jesucristo por la fe es nuestro gozo; seguirlo es una gracia, y transmitir este tesoro a los demás es un encargo que el Señor, al llamarnos y elegirnos, nos ha confiado (18). Este oficio de transmitir no es facultativo; debe asumirse, más bien, como una necesidad, de acuerdo a las posibilidades de cada uno y a las circunstancias concretas de la vida. Pero, ciertamente, un discípulo de Cristo, alguien que se ha encontrado de veras con él, no puede dejar de transmitir, con su testimonio personal, lo que ha visto y oído.

La Iglesia necesita de este testimonio de todos sus hijos, aunque en el mundo de hoy sea particularmente costoso. En realidad, lo ha sido siempre, y tiene que animarnos el ejemplo del Apóstol a quien hoy honramos. El Santo Padre decía al anunciar el Año Paulino: *La acción de la Iglesia sólo es creíble y eficaz en la medida en que quienes forman parte de ella están dispuestos a pagar personalmente su fidelidad a Cristo, en cualquier circunstancia. Donde falta esta disponibilidad, falta el argumento decisivo de la verdad, del que la Iglesia misma depende. Y añadía el Papa: como en los inicios, también hoy Cristo necesita apóstoles dispuestos a sacrificarse. Necesita testigos y mártires como San Pablo.*

Aspiramos a recibir hoy la indulgencia del año jubilar. Es una gracia de purificación de santificación, que podemos alcanzar porque vivimos en la comunión de la Iglesia. Nos hacemos dignos de recibir este don en la medida en que deseamos y decidimos amar al Señor sin retaceos, con un propósito de coherencia total, renovado el compromiso objetivo sellado en el bautismo, que fue nuestro primer encuentro con Cristo. Que el apóstol San Pablo nos ayude con su poderosa intercesión, ya que también sus méritos se nos aplican en esta indulgencia, como gracia de una nueva y ¡ojalá lo sea! definitiva conversión.

+ HÉCTOR AGUER
Arzobispo de La Plata